

www.puntodelectura.com

SUE-ELLEN WELFONDER

El señor de las Highlands

punto de lectura



Sue-Ellen Welfonder, miembro de la Sociedad de Autores Románticos de América, es experta en historia medieval de Escocia, donde ha pasado largas temporadas y suele ubicar sus novelas. Comenzó su carrera en 2001, con la publicación de *El demonio de Escocia*, primera entrega de la serie *Highlands*, continuada por *La novia de la bestia* y *Sólo para un caballero*. Tras el éxito de esta saga, inició la serie *MacLean*, formada por las obras *Un caballero en mi cama*, *El señor de las Highlands* y *Boda para un caballero*. También publica novelas a medio camino entre lo romántico y lo paranormal, bajo el seudónimo de Allie Mackay.

www.welfonder.com

SUE-ELLEN WELFONDER

El señor de las Highlands

Traducción de Mariana Zifar

Título: El señor de las Highlands

Título original: *Master of the Highlands*

Esta edición ha sido publicada de acuerdo con Warner Books, Inc., Nueva York, EE.UU. Todos los derechos reservados

© 2003, Sue-Ellen Welfonder

© De la traducción: Mariana Zifar

© De esta edición:

2009, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2251-5

Depósito legal: B-1.781-2009

Impreso en España – Printed in Spain

Portada: Raquel Cané

Primera edición: febrero 2009

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Por amor a los lugares agrestes,
a las raíces hundidas en la tierra
y a los momentos tranquilos.
Por los ancianos tejos, la vieja piedra
y los atardeceres de las Highlands;
por el esplendor de las tardes doradas.
Y por un hombre de las Highlands
de hace mucho tiempo,
Iain de Lochaber, cuyo destino en la vida
debió haber sido
tan brillante y luminoso como su valiente
y noble corazón.

Agradecimientos

Como siempre, mi más profundo agradecimiento y eterna gratitud a las heroínas intrépidas de la vida real, a mi agente y amiga, Pattie Steele-Perkins, por estar siempre ahí, hasta en las tormentas; y a mi editora, Karen Kosztołnyik, cuyo corazón es tan grande que hubiera sido una espléndida heroína en cualquier historia de la Escocia medieval. Os debo mucho a ambas.

Y agradecimientos también a mi apuesto esposo, Manfred, mi héroe en la vida real, cuya paciencia y apoyo me ayudan a esconderme en mi torre e ir en pos de mis sueños. Y también para mi protector de cuatro patas, mi pequeño perro *Em*, que me quiere a pesar de mis largas horas frente al ordenador y que nunca deja de alegrarme el día.

La ruina de los MacLean

En un antiquísimo pasado, adonde ningún miembro del clan que aún viva podría remontarse, los hombres MacLean comenzaron a distinguirse por dos notables características que los diferenciaban de los demás: la ferocidad de su sangre caliente y su habilidad para amar, de verdad, a una única mujer. Este último rasgo podía ser tanto una bendición como una condena.

Dependía.

Queriéndolo o sin quererlo, en los primeros días del verano de 1331, en la lejana isla de Doon, el MacLean de temperamento más ardiente entre todos ellos estaba a punto de desafiar a la tradición.

En el castillo de Baldoon, en la isla de Doon,
año 1331

Hacía exactamente un año que su dulce esposa había expirado cuando Iain MacLean desató la catástrofe que su clan tanto había temido. Ni los frenéticos esfuerzos de sus caballeros ni la engañosa belleza de la inusual calma nocturna pudieron detener las calamidades ocasionadas por aquel acto.

El daño era demasiado grave.

Pronto, la capilla familiar no sería nada más que hollín y cenizas, y su alabado esplendor, sólo un recuerdo.

Con un amargo sentimiento de culpa en la garganta, Iain escudriñaba la humeante sala buscando un alma desventurada en la que pudiera descargar su ira; sin embargo, sus hombres corrían frenéticamente con cubos de agua en las manos, y ninguno de ellos le prestaba atención.

Entonces frunció el ceño. No podía apremiar a nadie. La furia y la incredulidad bulleron en su interior, volviendo sus piernas como de plomo, inmovilizándolo, mientras sus más oscuras emociones se convertían en una fría sensación de autodesprecio.

Apenas parecía la sombra lúgubre del hombre des preocupado que alguna vez había sido. Se pasó los dedos

temblorosos por el cabello tizado de hollín y, mentalmente, se preparó para lanzar una mirada de ira a cualquier pobre alma imprudente que se cruzara por su camino.

Estaba ansioso por recompensar una insolencia de aquel tipo con su mirada encendida, tan ardiente como para borrar cualquier expresión de desaprobación de quien se atreviese a poner los ojos en él. El bonito atardecer de las Hébridas lo hacía sentirse impotente, como si quisiera burlarse de él al derramar aquella luz resplandeciente a través de las estrechas y altas ventanas del inmenso salón.

Aquellas múltiples aperturas brillaban con una suave luminosidad dorada, sin que les importara la tormenta que se arremolinaba en el interior de Iain... o la blasfemia que él había cometido.

Respiró agitado. Prefería los cielos de nubes tormentosas, pues conocía bien la traición, la seductora ilusión de un plácido atardecer de verano.

Y nada echaba a perder el engaño de este último, salvo el humo acre que contaminaba el aire y la fría oscuridad en su propio corazón.

El vacío.

Y los gritos frenéticos de sus compañeros en su lucha por extinguir las llamas de lo que, hasta hacía muy poco, había sido la capilla más admirada de todas las islas del Oeste.

El orgullo de los MacLean... destruido en un instante.

—Pst, pst, pst—era una voz más molesta que todo el estruendo que había a su alrededor—. Más vale que implores el perdón divino, muchachito.

Gerbert, el senescal de Baldoon desde el principio de los tiempos, hizo un gesto de reproche, empeñado en empujar a Iain más allá de su propia resistencia.

—El sacrilegio de esta noche caerá como una mortaja sobre cada hombre, mujer y niño que lleve el nombre MacLean.

Iain ni siquiera intentó ocultar su perturbación. Clavó una oscura mirada sobre la magra barba gris de quien había osado interrumpir sus melancólicas meditaciones.

—Si los santos ven tanto, como siempre dice un viejo y canoso chivo que conozco, serán tan sabios como para reconocer que sólo yo tengo la culpa de todo esto y que los demás nada tienen que ver.

Gerbert le devolvió la mirada. Había ira en sus llorosos ojos azules.

—Sí, el buen Señor tendrá puesto Su dedo sobre ti —profetizó, sacudiendo la mano nudosa para apartar las espirales de humo que crecían entre ellos.

—¿Su dedo? —se burló Iain, cada vez más irritado—. Algunos dirían que ha hecho algo más que señalarme con un dedo.

... Como por ejemplo con el hecho de que tu mujer caiga presa de un hombre hambriento de poder, que tú vivas sabiendo primero que no puedes salvarla y más tarde que ha encontrado su último destino en unas rocas en medio de la marea, enroscada en sus trenzas y abandonada a las aguas...

El pecho de Iain estaba tan tenso que apenas podía respirar. La ira lo consumía mientras pensaba en la imagen de Lileas, fría y quieta, el cabello suelto y enredado con algas, y su cólera aumentaba con feroz intensidad,

similar a la que los hombres MacLean, se decía, experimentaban al reconocer a su verdadera y única compañera del alma.

Una idea bastante ridícula.

Las únicas emociones intensas que había experimentado hasta entonces eran aquéllas nacidas de la irritación, no de la pasión inconsciente.

Sin poder reprimir su indignación, se puso firme y se acercó hasta el senescal, con la esperanza de que su cuerpo alto y fornido intimidara al anciano de lengua incansable; pero la táctica falló.

El viejo y beligerante patán seguía clavándole los ojos, como si quisiera agujerearlo con la mirada.

Iain inspiró, y luego soltó el aire poco a poco hasta que sintió que disminuía la tensión de sus músculos y que se relajaba. Esperó unos segundos en silencio.

—Sí —concedió finalmente, levantando la voz para asegurarse de que el senescal habría de escuchar cada una de sus palabras—. Si los santos de alas perlas pudieran escudriñar dentro de mí en este mismo momento, encontrarían mucho más que un dedo señalando a mi corazón.

—Te conozco desde antes de que pudieras pronunciar tu nombre, muchachito —el pecho esquelético de Gerbert se hinchó de orgullo—. Tú y sólo tú eres quien se echa sobre las espaldas cargas tan pesadas.

El desánimo de Iain lo contuvo de lanzar un resoplido burlón.

—¿Tú crees? —le preguntó en lugar de burlarse; la suavidad fría de su tono hubiera hecho buscar cobijo a cualquier hombre de menor coraje.

Gerbert asintió con la cabeza, y su silencio fue tan elocuente como hubieran sido las palabras.

—¿Y qué otras cosas piensas? —lo presionó Iain, consciente de que habría de arrepentirse de haber hecho esa pregunta. El hombre de barbas grises era muy sincero. Y no evitaría dar una respuesta directa, por muy incómoda que pudiera ser.

—Lo que sé es que te has estado haciendo tu propia cama y —Gerbert hundió un dedo en el pecho de Iain como si le dijera: «escucha bien lo que voy a decirte»— tal vez si no fuera una cama tan fría y tan vacía, no estarías dando vueltas por ahí sin aliento, tanto que fracasas al querer ver adónde te diriges.

Fracasar.

Iain se sintió desolado, pues aquella palabra se le hundía como un afilado cuchillo en el centro de su corazón.

Sabía más de fracaso que todos los hombres de las islas y las Highlands juntos.

—¿Una muchacha en mi cama en estos días? ¿Estás loco? —apartó el dedo de Gerbert de sus costillas—. Estar con una mujer es lo último... —se interrumpió, pues la indignación le cerraba la garganta.

En otra vida se hubiera reído con fuerza ante el absurdo sugerido por el senescal de escuálidos hombros, aquella sola mención de las necesidades masculinas y de mujeres con los traseros al aire.

Pero en esta vida, Iain MacLean, poseedor del corazón más solitario de todas las islas Hébridas, había olvidado cómo reír. De modo que hizo lo que podía: frunció el ceño.

—Saciar el deseo persiguiendo faldas ligeras —se echó hacia delante y clavó los ojos sobre aquella cabra

vieja que era su senescal—. ¿Qué puedes saber tú de esos asuntos?

—Lo suficiente para darme cuenta de lo que pone enfermos a los que son como tú —el rostro de Gerbert se arrugó en una extraña expresión de compasión y reproche.

Iain se puso tenso y una vena en su sien comenzó a palpar. No quería ni una pizca de simpatía del irascible senescal de Baldoon ni de ningún otro hombre.

Y tampoco necesitaba censura.

Ni una muchacha en su cama.

En especial no quería una muchacha en su cama.

En el año transcurrido desde la muerte de su esposa se había vuelto un experto en acallar sus instintos básicos. Apenas recordaba cómo era tener la sangre hirviendo, y menos aún lo que era sentir deseo.

Inspiró hondo, con una mueca de dolor cuando el aire acre le llenó los pulmones.

—Hoy hace un año que encontramos a Lileas inerte en el islote de Lady Rock, ahí donde se ahogó —exclamó, elaborando y pronunciando cada palabra con cuidado—. Eso y nada más que eso es la causa de mi enfermedad.

Y ni una de las infinitas horas que separaban aquel momento del presente había logrado atenuar aquel dolor... o disminuir la culpa.

«Debes tener un gran corazón», le decían sus parientes, y con ello lo mortificaban. «Sigue adelante con tu vida», le recomendaban. Iain frunció el ceño al pensar en estas cosas. Y en los últimos tiempos hasta las mujeres habían comenzado a hostigarlo para que volviera a casarse.

Se puso una mano sobre la frente, a modo de visera, y miró hacia el cielo. Estaba rodeado de ignorantes

obstinados y carentes de juicio, y la mayoría eran incapaces de ver la verdad, aunque la tuvieran delante de las narices.

Iain cerró los ojos y se pellizcó la nariz, reprimiendo el impulso de echar hacia atrás la cabeza y reír a carcajadas con todo su cinismo.

Sabía muy bien qué era aquello que sus bienintencionados pares no lograban comprender.

Iain MacLean, famoso por su mal genio y señor de nada, no tenía ninguna vida con la que seguir adelante.

* * *

En aquellos momentos, pero al otro lado de la gran lengua del mar de las Hébridas, más allá de las costas accidentadas de la tierra firme, en las colinas cubiertas de brezo y las cañadas del corazón de Escocia, lady Madeline Drummond, del castillo de Abercairn, se ocultaba tras las paredes hospitalarias de la pequeña casa de una amiga, luchando contra su propia noche de confusiones.

Su decaído ánimo parecía querer empujarla sin remedio a la desesperación, pero ella intentó acallar sus temores y tiró con fuerza del paño gastado del gran abrigo negro con que su amiga de la infancia, Nella del Pantano, había cubierto su pecho generoso.

—Es perfecto —insistió Madeline, y dio un nuevo tirón—. Será suficiente para lo que necesito.

Nella sacudió la cabeza en señal de negativa.

—No, mi lady, no te dejaré andar por ahí en harapos —protestó, arrancando el abrigo de las manos de Madeline—. Y tampoco te permitiré cruzar los campos sola.

Tu vida estaría en peligro apenas salieras de esta casa, mucho antes de que llegaras al primer santuario.

Apoyó una mano enrojecida por el trabajo sobre el abrigo raído y entrecerró sus ojos astutos y protectores.

—Los penitentes y los hombres santos también son peligrosos, tienen deseos como todos los demás, no te engañes.

Madeline se quitó una invisible mota de polvo de la manga.

—No me engaño, pero tampoco me preocupo... Jamás caeré en la tentación del deseo carnal —le respondió ella, deseando fervientemente que lo contrario a lo expresado se hiciera realidad.

Su corazón moría por gozar de la alegría de lo nunca experimentado, anhelaba sentir el amor, que un hombre valiente le sonriera y la mirara con dulzura y con deseo.

Pero en lugar de las caricias seductoras de un atractivo pretendiente, de unos besos capaces de llegar al alma y unas promesas de amor susurradas, un escalofrío recorrió la espalda de Madeline.

—No necesitas advertirme sobre el lado oscuro del deseo —hablaba más para sí misma que para Nella—. Sé muy bien qué es lo que impulsa a los hombres a cometer actos deshonestos.

Entonces sintió cómo se le erizaba la piel. Ella, Madeline Drummond, conocida como la muchacha más encantadora del territorio, se humedeció los labios, listos para abrirse ante la acometida violenta de la pasión de un hombre ardiente. La llamaban *encantadora* en su propia cara. Madeline suspiró y sus labios virginales casi se fruncieron al pensar en aquella ironía.

Madeline sabía lo que ellos pensaban en verdad. No era más encantadora que cualquier otra muchacha, pero estaba sola.

La joven más solitaria de las Highlands.

Enlazó sus dedos para calmar al menos un poco el temblor de las manos y echó una rápida ojeada a la ventana... o, mejor dicho, hacia aquella abertura rústica en la pared que hacía las veces de ventana. Más allá del bosquecillo de alisos que circundaba la casa de Nella, podía sospechar el paisaje, aquellos bosques en los que sentía la necesidad de adentrarse.

—No desconozco la voracidad de los hombres —dijo mientras un nuevo escalofrío la recorría y esta vez le llegaba hasta la punta de los pies.

—Tal vez no —reconoció su amiga, aún sujetando el abrigo de bordes deshilachados— pero siempre te han protegido, mi lady. Jamás has...

—Jamás he vivido —acabó de decir Madeline por ella. Parpadeó, sintiendo que algunos de los colores de la acogedora casa de Nella se desvanecían ante sus ojos, como si el lánguido suelo de piedras se inclinase y diese bandazos bajo sus pies.

Trató de ignorar la sensación de vértigo. Sacudió la cabeza en dirección a unas atrocidades cuya visión no podía evitar.

—Mi querida Nella, ¿no ves que mientras el causante de todos los males camine por esta tierra, para mí vivir será algo imposible?

Un mundo de objeciones pareció llenar los ojos preocupados de su amiga.

—¿No quieres ver los peligros?

—Conozco los riesgos, y sus posibles consecuencias.

Madeline tensó la espalda. No era posible desconocer aquellas advertencias, sintiendo como sentía la preocupación infinita de su amiga, que la recorría como un palpito, subrayando su profunda inquietud.

La maldición que Madeline arrastraba desde su nacimiento era esa habilidad para sentir las emociones de los otros.

No siempre, nunca según su voluntad, pero bastante a menudo. Cuando ocurría, siempre era sin que ella lo requiriese, subía desde una oculta profundidad de su alma para envolverla de inmediato con las tribulaciones y necesidades de los otros, tan rápido como una niebla repentina puede cubrir una cañada en las Highlands.

Era un talento cuestionable que le había mostrado los verdaderos sentimientos de todos los pretendientes que habían pedido su mano, aquellos que, en verdad, sólo buscaban las riquezas de su padre y la posición estratégica de sus posesiones.

Madeline apretó los labios y tragó con fuerza la amargura que le subía por la garganta. Observó el manto de peregrino extendido sobre la mesa y bien cepillado por Nella.

—Sólo un hombre ciego no reconocería tu belleza y tu rango —declaró su amiga, siguiendo la mirada de Madeline—. Apenas se notará la diferencia, aunque te vistas como una campesina.

—Como una campesina no —la corrigió—, como una peregrina. El velo de novicia me protegerá. Además, tampoco es un engaño, porque, cuando todo esto termine, pienso retirarme a un convento.

Nella lanzó un resoplido.

—Puedo imaginármelo... la ardiente y orgullosa lady de Abercairn solicitando el velo.

—Después de haber hecho lo que debo, no tendré más remedio que rogar la misericordia de Dios, para que me conceda una vida de obediencia.

—Por mi fe, mi lady, si verdaderamente deseas pasar tus días llevando una existencia retirada, podemos ir a una abadía —sugirió Nella, inclinando a un lado la cabeza—. No tienes ninguna necesidad de andar de un santuario a otro en pos de Pierna de Plata. Los dioses mismos se encargarán de destruirlo.

Pierna de Plata.

Sir Bernhard Logie.

La mención de cualquiera de esos dos nombres despertaba las ansias de venganza de Madeline, destrozando los sueños y esperanzas que la muchacha hubiera podido tener y arrojándolos sobre las piras calcinadas que los guerreros habían erigido ante las anchas murallas de Abercairn.

Aquellas defensas de una fortaleza que sólo había sido tomada porque el peor enemigo de su padre había llegado a cometer atrocidades inconcebibles: quemar inocentes.

Una vida por cada vez que se negaran a abrir las puertas.

Pronto llegó la rendición, el puente levadizo fue bajado sin demora; pero un pequeño inocente entre la muchedumbre tuvo que padecer la tortura del fuego, al igual que otros dos de los más indefensos de Abercairn.

Cuando los hombres de Pierna de Plata escoltaron al padre de Madeline, la espalda recta y sin vacilar un segundo, hacia las llamas, ella huyó en busca de un refugio en la casa de Nella.

Su única salvaguardia en una noche de atrocidades y locura.

Nella, una mujer sencilla, de buen corazón, le aseguró un retiro pacífico. Nadie la visitaba, pues ella misma había hecho creer a los demás que poseía un talento tan único como el de Madeline, una habilidad cuidadosamente elegida, tan intimidante como para alejar la mayor parte de los peligros.

Sólo unos pocos tendrían el coraje necesario para acercarse a la morada de una mujer de la que se rumoreaba que recibía visitas de los muertos. Por eso, y porque Nella era su mejor amiga, su casa fue el refugio perfecto para Madeline.

Y justamente sir Bernhard Logie era a quien Madeline quería ver muerto. Lo apodaban Pierna de Plata por las plateadas ofrendas votivas, en forma de pierna, que siempre dejaba en los santuarios como signo de gratitud por una oscura intervención de los santos, que le habían curado una cojera en su niñez. Este caballero y guerrero, conocido por sus cambios bruscos de alianzas, aparentaba ser un hombre devoto.

Pero Madeline sabía la verdad.

Clavó sus ojos en Nella.

—Los dioses y todos los lobos negros y voraces de estas tierras pueden hacer lo que quieran con ese hombre... después de que yo me haya vengado.

Nella respiró hondo; Madeline casi podía ver cómo se iban formando los argumentos en la boca de su amiga. Recelosa, dio unas vueltas antes de que pudieran transformarse en protestas bien formuladas.

—No debería haberse apoderado de Abercairn —abrió la puerta.

Su corazón comenzó a bombear rabia hirviente cuando su mirada se posó en el humo distante que aún se elevaba hacia el cielo desde las piras de madera que ella, desde su posición, no podía ver pero sí sentir hasta con la última fibra de su ser.

—Ya sabes que tengo un puñal bien afilado escondido en mi bota derecha —dijo con la voz tensa—. No dudaré en usarlo una vez que lo encuentre.

Nella se unió a ella junto a la puerta abierta.

—Entonces salgamos antes que ellos te encuentren a ti.

Por un instante, posó sus ojos cargados de preocupación sobre la neblina de la tarde, que ya se perdía hacia la ladera más cercana.

—Los rumores de mis brujerías no los detendrán por mucho tiempo.

Un escalofrío de tristeza, o acaso de arrepentimiento, recorrió el cuerpo de Madeline. La joven miró con atención a su amiga, pero aquélla nada había notado. La sensación pasó tan rápido como había venido, y Madeline no encontró ningún signo de inquietud en el rostro infantil de Nella.

Una vez que Nella se puso la capa de peregrino alrededor de su amplia figura, ofreció a Madeline un manto menos ajado.

—¿Puedes sentirlo? —preguntó en voz baja, cuando Madeline ya se había envuelto en el nuevo abrigo—. Si sientes que su maldad te llama, al menos tendremos una guía y no perderemos el tiempo viajando en una dirección incorrecta.

—Siento... —comenzó a decir Madeline, pero se detuvo de inmediato. Era cierto que percibía algo, pero la

oscuridad que rodeaba su corazón era demasiado intensa para anunciar a Bernhard Logie... y llegaba de un lugar muy lejano, mucho más lejano que el castillo de Abercairn.

—No siento nada —se limitó a decir, aunque había creído sentir en lo más profundo de su ser el dolor, la soledad y el sentimiento de culpa de un extraño.

La soledad y el sentimiento de culpa de un hombre, no de un asesino.

Era una culpa que retorció el corazón, demasiado profunda e íntima para ser compartida con otra persona.

Ni siquiera con la querida Nella.

Fría, negra y aferrada a un anhelo infinito de días pasados y de un futuro que hubiera podido ser, la angustia del hombre se apoderaba del alma de Madeline. Y la apretaba con tanta fuerza que ella apenas podía respirar. Pero pronto aquella sensación comenzó a desvanecerse, regresando lentamente a la lejana zona de la tierra de donde había venido.

—¿No has sentido nada, mi lady?

La pregunta de Nella disipó los retazos de niebla que aún nublaban sus sentidos.

—Yo... —como no estaba segura de qué era lo que acababa de sentir, Madeline desistió de dar una explicación y se reclinó contra el marco de la puerta, respirando con cierta dificultad.

—Cuando él aún vivía, yo era su preferida, el amor del buen rey Robert —dijo Nella con sarcasmo, citando una canción popular—. A decir verdad, te has puesto más blanca que la nieve recién caída, así que no me digas que nada te ha tocado.

Tocado.

Eso era lo que le había sucedido. Había sido tocada, y en profundidad. Aquella revelación la inundó de un torrente de olas doradas, liberándola de los últimos tenues lazos de aquella sujeción poderosa del extraño. Madeline tomó las manos fuertes de Nella con las suyas, que temblaban.

—Sí que he sentido —dijo en un susurro, admirada por la profundidad de la angustia del hombre, sorprendida por la ferocidad de sus anhelos.

—¿Y qué es lo que has sentido? —la animó Nella para que continuase, dándole también un pequeño apretón en las manos.

Madeline dudó. No estaba dispuesta a compartir el dolor de aquel extraño, pero tampoco podía ocultar su sorpresa.

—¿Y bien?

—He sentido amor.

—¿Amor?

—Sí, amor.

La sola palabra le producía a Madeline pequeños temblores que la recorrieron hasta la punta de las terminaciones nerviosas.

—Un amor palpitante, como un trueno, que hace temblar cada centímetro bajo mis pies.

El tipo de amor con el que ella había soñado desde que tenía memoria.

Sueños hechos añicos, cuyos restos había esparcido a los cuatro vientos en el instante en que se deslizó dentro del abrigo de peregrino que Nella le había dado.

Las asesinas no merecían conocer la pasión, y las monjas no admitían a las asesinas.

* * *

En su propio rincón de una región apartada, Iain MacLean se hallaba en medio del caos del gran salón de Baldoon. Tenía la desagradable sensación de que todos los santos estaban enfadados con él y lo señalaban con sus puños temibles, llenos de furia.

Sus más profundos deseos, sus anhelos, sus secretos mejor guardados... toda su vida le pesaba sobre los hombros, igual que las nubes ondulantes de humo que surgían de la calcinada capilla, envolviéndola en un manto elocuente de oscuros reproches.

Luchó por ignorar la frustración ardiente que le roía las entrañas. Una vena aún le latía con fuerza en la sien izquierda y el pulso de su corazón se agitaba con toda su furia, tanto que apenas oía el pandemónium que crecía a su alrededor.

Pero, aunque no escuchase aquel jaleo, sabía muy bien lo que estaba pasando.

Las consecuencias vergonzantes de su negligencia estaban labradas en su conciencia de forma indeleble. Sin duda, ya las lenguas afiladas de cada canalla y de toda la chusma de las islas las difundían.

Se pasó una mano por el rostro.

Un momento de furia y un candelabro volcado por accidente habían hecho surgir el fuego de un infierno y, con él, alegres demonios que utilizaron sus afiladas garras para apresar el alma destrozada de Iain, ofreciéndole una especie de adelanto de la condena que lo aguardaba en el otro mundo.

Parpadeó varias veces en medio del humo, inspiró profundamente el aire pesado y trató de no toser. Si los buenos santos tenían sólo una pizca de misericordia, permitirían que el furioso infierno en la capilla de Baldoon también lo devorara a él.

Por desgracia, y para su pesar, Donall el Audaz, su hermano, un señor feudal muy reconocido dentro del clan de los MacLean, tenía otros planes para Iain.

Tan alto como él, de su misma complexión y apuesta y seria prestancia, Donall MacLean echó una ojeada feroz a la capilla... y a los guerreros que se acercaban cada vez más. Compañeros fieles, acostumbrados al carácter venal de Iain, sabían cuán rápido saltaban las chispas entre los dos hermanos. Se parecían tanto que quienes los veían por primera vez los tomaban por mellizos.

Acostumbrados a los deseos de sus señores, una inclinación de cabeza casi imperceptible por parte de Donall el Audaz bastó para que los guerreros leales formaran un cordón apretado, en semicírculo, alrededor de su hermano.

Una barrera impenetrable entre Iain y el fuego llamante que iba lamiendo las paredes de la capilla.

Con el apuesto rostro reducido a unas líneas de amarga expresión, Donall MacLean desenvainó la espada, que chirrió como sólo lo hacen los aceros más letales.

Apuntó con el afilado extremo hacia el pecho de Iain.

—Ni pienses en regresar allí dentro —le advirtió, mirándolo con ojos oscuros, tan duros como piedras, la voz también fría. Y tan contenido que el ánimo de Iain volvió a encenderse.

La irritación le palpitaba por las venas; fue al encuentro de los ojos helados de su hermano mayor con los suyos ardientes.

—¿Crees que me detendrás usando la punta de tu espada? ¿Con la marca de nuestro propio padre?

Donall no hizo más que parpadear.

—No tengo ninguna intención de dejarte lisiado. Ya ha habido bastante daño por hoy, pero sí te heriré si es necesario... si tratas de cometer alguna otra tontería.

—Entonces aquí me tienes —Iain levantó las manos, las palmas hacia delante en evidente desafío—. ¿Crees que temo más al acero que a las llamas?

—Me doy cuenta de que no le temes a nada —Donall lanzó una nueva ojeada a la capilla en ruinas—. Temeroso o no, te aconsejo que pienses en la ira de Dios después del sacrilegio de esta noche.

Iain escudriñó severamente a su hermano, dispuesto a lanzarle una andanada de invectivas interminables. Para combatir semejante arranque, apretó los labios y esperó que Donall no notase cuánto le temblaban los músculos de la mandíbula.

También deseó que no se diera cuenta de la profundidad de su confusión, pues sólo Iain cargaba con el peso de la pérdida de su esposa.

El cuerpo entero le temblaba por la agitación. Apretó las manos hasta que los puños se le pusieron blancos. Había amado a Lileas tan ferozmente como decían las leyendas que los hombres MacLean amaban a sus mujeres. Podría haber sentido el peligro que la acechó aquel día, podría haber evitado que se acercase a los parajes de Lady Rock.

Pero no había sentido nada.

Ni siquiera había pensado en ella aquella mañana fatal... hasta que fue demasiado tarde.

De modo que retenía el torrente de la culpa de la única forma que conocía: desafiando las prohibiciones de su hermano con la descarada arrogancia de la que sólo eran capaces los MacLean.

—¿Te atreves a decir que debo considerar los caprichos de un Dios que permitió la muerte de Lileas?

—El buen Señor no tuvo nada que ver con su muerte, pero estoy seguro de que se enfadaría muchísimo contigo si te viera prender fuego a un lugar sagrado.

—Sí, tienes razón hermano mío. Él nada tiene que ver con lo ocurrido.

Estaba loco de furia, y ya ni siquiera intentaba contener su ira.

—Dios y todos sus santos estaban durmiendo aquel día infecto, al igual que dormían cuando mi propia pena me obligó a postrarme ante el altar y dar un golpe involuntario al condenado candelabro.

Miró a Donall, sin intentar disimular su furia.

—¿Acaso crees que lo hice a propósito?

Donall continuaba en silencio. Los hombres apenas se atrevían a respirar y esperaban, conteniendo el aliento, a ver cómo acababa todo aquello.

—¿Crees que pretendía prender fuego a la capilla?
—insistió más alto esta vez.

Más alto, y con la voz crepitando ira.

Donall lo estudió por un momento, y luego, por fin, rompió su silencio.

—Todo aquel que vive detrás de estas murallas sabe que has pasado más tiempo arrodillado ante el altar que

en tu cama durante el último año —dijo finalmente—. ¿Por qué habrías de incendiar el único lugar en donde te has estado escondiendo? No, hermano mío, pienso que tus tormentos y tu propia cólera desenfundada te han ofuscado.

—¿Tormentos y cólera? Creo que tengo derecho a estar furioso.

La aflicción, hirviente e irrefrenable, le recorrió todo el cuerpo. Pero hubiera maldecido mil veces antes de confesar su arrepentimiento. O admitir el negro vacío que oscurecía cada hora de sus días y sus noches insomnes.

Donall levantó una ceja, en un gesto que decía más que las palabras.

Iain se irguió y lo miró desafiante.

—¿Te atreves a decir que no tengo derecho a estar furioso?

—Digo que tu furia es la culpable de todo y que fue tu mal genio el que te impulsó a golpear el candelabro.

—Algún estúpido debió de cambiarlo de sitio, por eso no lo vi y le di un golpe... ¡Fue sin darme cuenta!

—No, te equivocas —dijo el MacLean complaciente—. Nadie lo cambió de sitio. Ese candelabro siempre había estado ahí.

Iain le clavó los ojos.

—Ahora poco importa.

—¿Estás seguro? —Donall volvió a lanzar una rápida ojeada hacia los hombres que aún batallaban contra las llamas—. Para ellos sí que importa.

«¡También me importa a mí!», exclamó el alma de Iain. «Tanto que no encuentro motivo para seguir viviendo entre estas sombras que me perseguirán el resto de mis días... subsistiendo como un condenado».

O, aún peor, como alguien que merece misericordia.

Su ánimo empeoraba con cada nuevo latido de su corazón. Dio un paso hacia delante, luego otro, hasta que el afilado extremo de la espada de Donall le pinchó el abdomen. Entonces, orgulloso y erguido, ensayó una sonrisa, la primera después de muchísimo tiempo.

Esperaba que fuera la última.

Muy atento a cómo lo examinaba su hermano, Iain se preparó para dar un salto rápido como el rayo hacia las llamas. La decisión estaba tomada. Aquella sonrisa poco común empezó a expandirse por él, pero no lo llenaba de alegría y luz como hacen las sonrisas habitualmente, tampoco desvanecía la oscuridad de su alma: lo colmaba de un alivio dichoso.

Era la dulce seguridad de que el dolor, que le calaba hasta los huesos, pronto habría de llegar a su fin.

Exhaló un largo suspiro... y parpadeó, buscando aplacar una inesperada llamarada que de pronto le hirió los ojos.

—Te equivocas, hermano mío, sí que conozco el miedo —dijo, la voz profunda y enronquecida—. Le tengo miedo a la vida y —con un gesto de impaciencia— ya no puedo soportarlo.

Al darse cuenta de lo que su hermano estaba queriendo decir, Donall reaccionó con rapidez.

—¡No! —exclamó, apartando la espada. Arremetió hacia delante, estirando los brazos alrededor de Iain en el mismo momento en que éste, al sentir un extraño estremecimiento, se daba la vuelta.

Iain contempló la imagen de una bonita muchacha de cabello negro que se precipitaba hacia él. Con unos

ojos salvajes y gritando, sostenía un enorme cántaro de vino sobre la cabeza.

La muchacha fue lo último que Iain vio antes del oscuro entumecimiento que se apoderó de él, tan distinto al que había esperado.

* * *

A varias leguas de distancia, en la otra orilla del Doon, el viento embravecido castigaba los altos páramos y los pantanos de la isla; sólo había un espacio que respetaba, un terreno sobre el acantilado donde el viento no se había atrevido a retorcer ni una sola brizna de hierba que perteneciera a su círculo encantado.

Allí había una casa solitaria con techo de paja, de gruesas paredes y silenciosa. Encaramada precariamente en el borde del acantilado, muy alto sobre el mar, protegida por abedules plateados... y la magia de Devorgilla, la bruja que vivía en Doon, una mujer sabia.

Ella era la *cailleach*, la vieja hechicera que, en ese mismo momento, cuando Iain se hundía en el olvido caprichoso del sueño, usaba sus poderes, tomando prestadas las obsesiones del joven, para cubrir sus propias obras de la luz del crepúsculo.

—No es la época del año para un embrujo —murmuró, sosteniendo con cuidado un paño negro contra una de las ventanas de la cabaña... la última que necesitaba cubrir.

Frunciendo los labios, colocó el lienzo en su sitio. Sus encantamientos más potentes habían fallado al querer conjurar la oscuridad que necesitaba. No había duda

de que la incredulidad de ese hombre era tan fuerte que lograba entorpecerla, incluso cuando dormía.

La bruja refunfuñó mientras arrastraba los pies sobre el frío suelo de piedras hacia un banco tallado y apoyado contra la pared más lejana.

Sus cejas se juntaron.

—No quiero nada de tus infames cánticos y menos aún de tus calderos burbujeantes llenos de tritones y de alas de murciélago —dijo, imitándolo, mientras se inclinaba hacia la banqueta.

Una vez acomodada, se rió con estridencia y recogió un gran tazón lleno de piedras. Lo puso sobre sus rodillas.

—¡Ja!

Se burló, mientras un estremecimiento le recorría la espalda.

—Iain el Incrédulo necesita una cura más potente que la lengua de tritón y el ala de murciélago —le informó al silencio que la rodeaba, concentrando su atención en las piedras que apenas brillaban en la oscuridad.

Eran piedras especiales.

La mayoría era cuarzo de las Highlands, pero algunas provenían de lugares sagrados de las islas.

Eran Piedras de Fuego, extrañas y preciosas. Cada una de ellas había sido recogida con sus propias manos en los lugares más remotos, en las zonas de más difícil acceso. Bueno, pensó, no todas, porque algunas se las habían regalado aquellos que más apreciaban sus talentos, más que aquel muchacho de ojos negros, demasiado estrecho de mientes para saber cuidarse.

Canturreando para sí, Devorgilla comenzó a removerlas con los dedos hasta que se enfriaron y empezaron a brillar.

Con una destreza que desmentía la apariencia cansada de su mano nudosa y vieja, escogió entre todas la piedra que le correspondía a él y la colocó sobre la banqueta junto a ella.

En poco tiempo también encontró la piedra seleccionada para ella, que representaría la verdadera compañera del alma de Iain. Y mientras que la piedra de él aún resultaba fría al tacto, con su interior de un color azul helado y profundo, la de ella empezaba a calentarse con el día.

Saboreando aquel calor, Devorgilla puso la piedra femenina en la palma de su mano derecha. Su rostro marchito se transformó en una sonrisa de avezada complicidad. Entonces el interior de la Piedra de Fuego se iluminó con un punto dorado.

«Una serás tú y otra será ella. Cuando el corazón de tu lady se encienda, la reconocerás», le había explicado aquella última vez que hizo el camino hasta Baldoon, cuando trató de darle las piedras.

Un viaje tedioso que ella había iniciado sólo para ofrecerle su ayuda.

Devorgilla chasqueó la lengua al recordar cómo la había tratado él.

Puso la fría piedra masculina junto a la tibia de la muchacha y cerró sus viejos dedos sobre las dos.

Él le había informado de que el corazón de su lady jamás podría calentarse, ya que estaba tan helado como la tumba que lo cubría. Jamás habría de calentarse de nuevo.

La bruja rió con estridencia una vez más.

Con una sonrisa pícaro apretó las piedras con los dedos y fijó unos ojos satisfechos en el oscurecido cielo raso.

Iain MacLean estaba muy equivocado.

La llama del corazón de su verdadera lady podía no ser un infierno ardiente, pero ya se había encendido con una chispa, y estaba más que vivo.

Muy vivo, por cierto.